

# «Las tres muertes de Atáulfo»

Erica Nelly Echilley

Ezeiza, Argentina

¿Cuántas veces puede morir una persona?  
Tantas veces como la invisibilicen”  
Nelly Van Schiller

El pueblo tenía eso, una tranquilidad envidiada por todos menos por Atáulfo. Las campanas de la iglesia sonaban, llenando las calles del pueblo con un Do mayor insoportable. Todo cumplía con un patrón preestablecido, una rutina interminable. Atáulfo se preguntaba cómo sería la muerte si eso era la vida, mientras alimentaba a los chanchos.

La vida en el pueblo nunca le gustó, sentía que la lentitud con la que todo pasaba le carcomía las metas y sus sueños. Una vida de mierda decía cuando le preguntaban cómo definiría vivir allí. “Ya vas a apreciar esta vida”, le advertía el padre. “Claro, una en la que todos te señalan con el dedo y en la que tu mano intenta domesticarme”, respondía él, segundos antes de recibir la cachetada.

A Atáulfo le encantaba la literatura, lo salvaba de sus ganas de acabar con su propia existencia. Eligió ese nombre una tarde de verano cuando nos escapamos al acantilado para leer libros. Pasaron tantos años que no recuerdo con exactitud qué libro fue. Eligió “Atáulfo”, un nombre con porte, con carácter, que marcaría una brecha enorme con “María”. Pero él jamás aparentó lo que no era. Él siempre había sido Atáulfo.

“Dejá de robarme la ropa”, le dijo su hermano delante de su padre. El viejo Raicho Ramírez lo agarró del cuello y le estrujó la cara en el chiquero de los chanchos. El olor putrefacto se le impregnó en la nariz y el recuerdo desagradable en la memoria. Los monstruos no solo existen en la literatura, a veces se sientan a la mesa y tenés que decirles “papá”, solía decirme.

Una noche de jueves, venía caminando por el costado de la ruta. Él tenía las piernas cansadas y los hombros caídos por el peso de sostener lo que sentía, eso en el pueblo era casi lo mismo que suicidarse. Una camioneta empezó a seguirlo, apuró el paso lo más rápido que pudo. El silencio sepulcral de la noche no ayudaba demasiado. Tres tipos se bajaron de la camioneta, uno lo sujetó por el cuello y otro le escupió la cara. Atáulfo quedó inerte, atónito, no podía moverse. El primer gancho de izquierda fue a sus costillas, el próximo a su mentón y el tercero al ojo derecho. Cuando cayó al suelo, observaba como la punta de los zapatos se acercaban a su cabeza. Lo que vino después fue casi como la muerte.

Le costó volver a comer por sí solo. Yo lo visitaba frecuentemente. La soledad te mata y la depresión te prepara el arma homicida, pensaba. Cada vez que yo llegaba, su sonrisa era una mezcla entre angelical y triste. Después de aquel día, ya le faltaba un diente y había perdido la audición del oído derecho. Le explotó el tímpano.

Su padre lo visitaba y le decía estupideces: “¿Qué van a decir en el pueblo de nosotros?”. Como si se pudiese elegir, como si existir, en verdad, fuera como sacar una ropa distinta cada día del armario y a la mañana siguiente sacar otra, y así infinitamente.

En la escuela las cosas no eran diferentes:

—María Ramírez. ¿No vino hoy?

—Atáulfo, profesora. Atáulfo se llama.

—Habló la novia de la lesbiana que se cree hombre, es mujer y se hace llamar como un chabón. Un asco me da. No queremos imaginar las cosas que hacen—dijo un compañero, en tono burlón.

Ataúlfo se cansó, se levantó y sin mediar palabra le partió la cara a su compañero que cayó sentado de culo, completamente noqueado.

Cuando llegó del colegio, la directora ya había hablado con el padre, pero él no lo sabía. Descansó su inmensidad sobre la silla mecedora, bajó la guardia. De repente, una mano poco amable lo tomó de los pelos. Los ojos del padre transfiguraban el odio, igualito al que veía en la mirada de sus compañeros. Las manos comenzaron a apretarle la tráquea, el grito quedó contenido en su garganta aplastada. La sangre empezó a subírsele a la cabeza. El aire que ingresaba a sus pulmones era cada vez menor. “Qué Dios te perdone”, rezaba el padre mientras matices colorados invadían su frente, sus mejillas y sus ojos. Ya no escuchaba nada. Sentía su cuerpo etéreo, liviano, impoluto. La boca del viejo se movía en cámara lenta, no distinguía sonidos, se le nubló la vista. Sorpresivamente, el estrépito de un golpe seco invadió la casa, don Ramírez dejó de ahorcarlo y se desplomó. Así fue como nunca más pude pisar su casa.

Ataúlfo casi no comía ya. Hablaba poco y nada. Se retrotrajo hacia su interior de una manera abismal. Su sonrisa, entre angelical y triste, ahora era una mueca fingida que ponía para decirme que todo iba a estar bien.

Un lunes de septiembre, arriba del acantilado, me confesó que no quería vivir más. Le vi los moretones en la espalda. Estaba tan cansado que nada quedaba del adolescente aquel. Su cuello aún guardaba las marcas de la última vez. A la altura de sus costillas los matices morados inundaban toda su piel. “Pidamos ayuda”, le dije. Me miró y me sonrió con resignación. Abracé su cuerpo como queriéndole pegar las partes rotas, pero no fue suficiente. La tercera es la vencida. Dos días después, se arrojó del acantilado. No encontró otra manera de escapar del Averno. No me dio tiempo. La ayuda jamás llegó.

Una mañana abúlica de verano, mientras los nubarrones estaban por arrojar sus lágrimas sobre la tierra, don Ramírez ordeñaba a la última vaca. No pudo escuchar mis pasos sigilosos. La concentración en su trabajo le tapó los oídos. Abducido por el goteo incesante de las ubres, no escuchó el clic de mi arma. ¡Pum! La vaca salió corriendo. Una acuarela de matices carmesíes se dibujó en el tambo de leche. El viejo se sujetaba el pecho, pero el orificio de bala entraba por la espalda y salía por el corazón. Certero disparo. Su cuerpo cayó como una bolsa de estiércol, como lo que fue. Era lo menos que podía hacer, me digo, mientras la sonrisa de Ataúlfo me asalta cada vez que siento el olor a un libro nuevo. Era lo menos que podía hacer, me repito, mientras sigo escribiendo esta carta.

## «Las tres muertes de Ataúlfo»

Erica Nelly Echilley  
Ezeiza, Argentina.

### SEGUNDO PREMIO

Ganadora de Categoría - Relato de Ficción  
III Concurso Escritura Creativa UPE - 2024

*“El Derecho a la identidad”*



UNIVERSIDAD  
PROVINCIAL  
DE EZEIZA



Universidad  
Pública  
Argentina